

## **El cristal con que se mira... construyendo la nueva masculinidad desde una perspectiva sistémica.**

*Ericka Ivonne Cervantes Pacheco*  
*Facultad de Psicología – UMSNH*

El surgimiento de la incipiente terapia familiar en los años cincuentas figuró como la posibilidad de ser una nueva postura epistemológica que representaba la oportunidad de tener cambios sistémicos alcanzables y rápidos. La visión lineal e individual que ofrecían hasta entonces algunas posturas teóricas dentro del campo de la psicología comenzaban a ser insuficientes ante ciertas patologías.

La posmodernidad nace en el siglo XX como un movimiento histórico-social que desafiaba el positivismo estructurante de la modernidad, partiendo del Principio de Incertidumbre propuesto por Heisenberg (1932) donde el efecto no sigue necesariamente a la causa, y ofrece la posibilidad de incluir múltiples formas de mirar la realidad, de circunscribir las historias, los personajes, los lenguajes... la inclusión y la pluralidad.

No es ajeno que en el movimiento posmoderno de lo familiar nos refiramos a contextos relacionales con teóricos como Juan Luis Linares, (2005) o de redes sociales con Sluzki, (2002), a través de dos vías que marchan paralelas: por un lado, la construcción social de la realidad (socioconstruccionismo) y, por otro, la construcción de significados internos (constructivismo) que a su vez se entretajan y conjugan en la formación de la identidad y la narrativa dominante.

El constructivismo nace en la década de 1980 privilegiando al lenguaje como una capacidad por medio de la cual el individuo crea las realidades en las que vive, mismas que son construidas a partir del significado que se adjudique a los constructos personales. La epistemología constructivista promueve la creación de significados más que la corrección de supuestas disfunciones en el pensamiento, las emociones o las conductas. Por lo tanto, la evolución constructivista se centra en identificar y reformular las metáforas centrales que constituyen la narrativa personal del hombre y sus sistemas de significados personales y compartidos. Para Gergen (2005) el significado surge de la relación del ser con el contexto, a partir de los diálogos previos que se recogen a lo largo de la vida y se expresan en una nueva relación, de los diálogos con-sentido, afirmando y negando quién es el otro como significante. Así, todas las realidades son creadas por la interacción con otros dentro de una comunidad, en el marco de lo

relacional, que surge a partir de la expresión de quién soy frente a la presencia de otro que co-construye la relación, siendo el lenguaje el que la confirma, la construye, la re-construye y/o la de-construye. De tal modo que el constructivismo representa una perspectiva epistemológica basada en la afirmación de que los seres humanos crean activamente las realidades a las que responden (Mahoney, 1991 y Neimeyer, 1993).

En la década de 1990, el construccionismo social planteaba que el sujeto observador (en este caso el terapeuta familiar) construye activamente el conocimiento del mundo externo en un contexto social dado a través de sus propias estructuras, y que el lenguaje simplemente transmite esa condición social, lo que desvanece la idea de tener un conocimiento “verdadero” sobre la realidad de las familias que son tratadas clínicamente. Luego entonces y desde esta postura teórica, el terapeuta familiar se colocaría como colaborador de la familia, quien es la experta sobre dicha realidad, como ya Minuchin (1993) lo afirmaba.

El planteamiento de que toda observación es una función de los puntos de referencia y aun de los valores, limitaciones y supuestos que organiza el observador, y no sólo un atributo de lo observado, impactó en el modelo cibernético, evolucionando así en la cibernética de segundo orden, condición que responde a la circularidad sistémica; es decir, el observador o el terapeuta familiar no se coloca en un papel de ajeno, testigo imparcial, privilegiado, experto o juez de los procesos sistémicos.

Así, surge la narrativa como una noción que aglutina historias en común, compartidas por la familia y por los grupos sociales; inscribiendo a las terapias sistémicas dentro del construccionismo social que define a la realidad como acuerdos narrativos co-organizados en conversaciones. La realidad que vive cada persona se basa en acuerdos, en consensos. Sluzki (2002, p. 54) define a la narrativa como “un sistema constituido por actores o personajes, guión y contexto, ligados entre sí por un conjunto de conectores lógicos explícitos o implícitos que establece la relación entre actores, guión y contexto, de modo tal que todo cambio en los actores cambia el guión (y viceversa), todo cambio en el contexto cambia en la naturaleza del guión y los actores (y viceversa)”.

Hoffman (1987) narra claramente la evolución del movimiento sistémico hacia el constructivismo diciendo que el enfoque inicial en secuencias de conducta se trasladó a la investigación de significados, es decir, a estudiar cómo construyen la conducta diferentes miembros de la familia. Los problemas se explican ahora como mitos familiares, premisas o sistemas de creencias familiares que son coherentes con las conductas sintomáticas.

Es así que los constructos de hombre, padre, esposo e hijo que el mismo hombre ha edificado responden al axioma principal del constructivismo; ya que dicha noción está limitada por el medio social, es decir, por el contexto

del lenguaje compartido y los sistemas de significados que se desarrollan, persisten y evolucionan a lo largo del tiempo. Así mismo, la psicología narrativa aporta el vehículo que expresa las construcciones y descripciones que las personas hacen de la experiencia a través del discurso dominante, el cual puede estar basado en la dominación, el poder, la destrucción y la opresión. A lo que Foucault, (1966) consideraba como el lenguaje convertido en discurso y en relación de dominio, ya que las estructuras de poder son las que oprimen, creando patologías y síntomas.

Por otro lado, la narrativa podría de-construirse y construirse en un nuevo discurso liberador de la opresión que incluya el amor en un complejo de conductas y sentimientos reparadores que impliquen la confirmación, el reconocimiento y la valoración; constituyendo un desafío que, en palabras de Linares (2005) implicarían el ejercicio de la terapia familiar más allá del posmodernismo, es decir, en la ultramodernidad.

Linares (2005) sostiene que, en la narrativa, la relación crea al individuo por la significación de las relaciones, y los significados se complejizan por narraciones cada vez más avanzadas. La identidad se constituye como un producto narrativo, que no es sino una narrativa seleccionada y convertida en identitaria, conformando la personalidad, es decir el núcleo duro de la narrativa donde el resto de ésta se ancla, ya que no está sujeta a negociación o transacciones, es lo que se resiste al cambio, aquello que permanece de uno mismo y distingue al individuo. Sin embargo, “la narrativa resulta ampliamente negociable, es la que contacta con el exterior mediante procesos comunicacionales que constituyen la relación y, de esa forma, el núcleo de la identidad puede modificarse incorporando nuevos elementos o desprendiéndose de otros” (Linares, 1996, p. 22). Sin embargo, el hombre sigue manteniendo elementos de su identidad masculina que históricamente lo han caracterizado, considerando la responsabilidad, el cuidado de otros, el trabajo, la fuerza y la función de proveedor como elementos que construyen su masculinidad (su núcleo identitario), tal vez lo que ha cambiado es su aplicación y expresión en la vida cotidiana; haciéndose cada vez más complejos y dejando de lado las posiciones de autoritarismo, poder y dominio.

Se torna necesario para la masculinidad que se empiecen a desarrollar narrativas diferentes, si se dejara de considerar que la masculinidad está dada, podría delinearse un sentido crítico de la cultura patriarcal que les ha ofrecido el poder en el ámbito público, al costo de aspectos centrales en la intimidad consigo mismos.

Aún y cuando la construcción de una nueva identidad masculina en el marco de la posmodernidad implique un diálogo con el pasado, con su concepción y significado histórico, el hombre tiene la capacidad de

redefinir el pasado, la historia misma y construir un presente con significados distintos en un universo relacional nutricio.

Al explorar cómo ha construido el hombre una nueva identidad masculina en la posmodernidad, concluyo que la posición dicotómica entre, por un lado, seguir desarrollando un modelo tradicional con discursos de dominio y poder; y, por el otro, ser un hombre que en sus interacciones se exprese con nuevos andamiajes que le permitan ser un hombre expresivo, cálido, flexible y abierto, ha producido una mayor confusión y dificultad, misma que no ha podido ser resuelta desde el análisis que los estudios de género hacen sobre la condición masculina, ya que no es una cuestión de dialéctica pura; por el contrario, esta nueva identidad masculina está construida por tres dimensiones que he denominado: **tradicional, transicional e innovadora**; que confluyen y coexisten simultáneamente en las tres generaciones de hombres estudiadas y en la identidad personal. El debate actual acerca de la masculinidad social es sin duda complejo, y es posible considerar que los hombres son al mismo tiempo estas tres dimensiones, y que su expresión está determinada por las circunstancias y las necesidades intrínsecas; en algunas ocasiones agradeceremos al hombre su aspecto proveedor y protector, mientras que en otras padeceremos sus tendencias opresoras y abusivas por medio de discursos de poder y ejercicio de la violencia mediatizada por el lenguaje, en otros momentos nos beneficiarán las innovaciones de una masculinidad posmoderna que conlleva la libertad de elección y la posibilidad de un proyecto de vida personal.

El hombre se encuentra conviviendo con estas tres dimensiones y cada una posee un núcleo identitario necesario para la sobrevivencia, es decir que en algunos aspectos se puede observar a un hombre flexible, emocionalmente sano, descansado de un paradigma que le sobreexigía una serie de comportamientos para validarlo como hombre; en otros hay dificultades por el proceso de la transición, porque ha colocado al hombre en una situación de incertidumbre y ambivalencia (muy características de la posmodernidad, por cierto); sobre si lo que está intentando modificar es lo correcto o regresa a viejos anclajes emocionales que no le funcionan pero que le dan seguridad; y en muchos otros se observan comportamientos rígidos que demandan ser reconocidos como una autoridad que ejerce el poder y el control. La cuestión es aún más complicada porque el mismo hombre no tiene clara la interrelación de estas tres dimensiones en sí mismo, desconoce cuáles son los mecanismos que operan para que se exprese una u otra, y sobre todo, se enfrenta ante la dificultad de cambiar procesos que en determinados contextos ya no funcionan.

De tal modo, que la visión constructivista que sostiene que respondemos a las realidades que activamente construimos, da al hombre la oportunidad de construir nuevos aprendizajes para afrontar la realidad con recursos

más eficientes y benévolo; que constituyan andamiajes para afrontar las demandas personales, familiares, sociales y económicas de la posmodernidad.

Es importante reivindicar a la familia como escenario en donde se construyen las realidades, donde el amor o el desamor impregnan las interacciones cotidianas de hombres y mujeres. Reconociendo que la construcción de la noción de género es relacional, la masculinidad requiere a la feminidad para construirse y validarse como tal, y viceversa; por tanto, los estudios de género son útiles siempre y cuando sean abordados desde posturas sistémicas, desistiendo de radicalismos unilaterales.

El ejercicio de la terapia familia no puede dejar de lado la construcción de la noción de género, en la práctica clínica con las familias se debe considerar que tanto la masculinidad y la feminidad están conformadas por las dimensiones tradicionales, transicionales e innovadoras, como referentes individuales y contextuales de las diversas problemáticas que viven las familias posmodernas, ya que sus configuraciones estarán estrechamente relacionadas con la conceptualización que se tenga sobre lo que significa ser hombre y mujer en la posmodernidad.

De tal modo, que sugiero el desarrollo de un modelo terapéutico práctico que se maneje en dos niveles: uno, el de las transformaciones interpersonales, permitiendo a los hombres la expresión de un mayor número de emociones, su implicación en la relación de pareja, y el desarrollo de un vínculo paterno-filial; y otro, el de las transformaciones institucionales, en las que hombres y mujeres se integren a la vida pública con las mismas posibilidades de desarrollo y de involucramiento familiar, respetando las diferencias y la diversidad.

### ***Bibliografía***

Foucault, M., (1980). *Historia de la Sexualidad*, México: Fondo de Cultura Económica.

Gergen, K. J. (1991). *The saturated self: dilemmas of identity in contemporary life*, New York: Basic Books.

Gergen, K. J. (2005). La construcción social, ponencia magistral del *Primer Congreso Internacional de Psicología*, “Tendencias Actuales de la Investigación en psicología”, Morelia, Michoacán, México: UMSNH, Escuela de Psicología.

Hoffman, L. (1987), *Fundamentos de la terapia familia*, México: Fondo de Cultura Económica.

Linares, J. L. (1996) *Identidad y narrativa, la terapia familiar en la práctica clínica*, Barcelona: Paidós.

Linares, J. L. (2005). *La terapia familiar en el siglo XXI: desafíos después de la posmodernidad*, conferencia magistral dictada en el Primer Congreso Internacional de Psicología, “Tendencias Actuales de la Investigación en Psicología”, UMSNH, Escuela de Psicología: Morelia, Michoacán

Lyotard, J. (1998) *La condición posmoderna*, Olimpo: París.

Minuchin, S. y Fishman, (1993) *Técnicas de terapia familiar*, México: Paidós.

Neimeyer, R. y Mahoney, M., (1998). *Constructivismo en psicoterapia*, Buenos Aires: Paidós.

Sluzki, E. C. (2002). *La red social: frontera de la práctica sistémica*, Barcelona: Gedisa.

Van Dijk, T. (2000). *El discurso como estructura y proceso*, España: Gedisa.

Von Foerster, (1996). *Las semillas de la cibernética*, Barcelona: Gedisa.